

CON VOZ DIVERSA

En los últimos años de vaivenes y novedades, contradicciones y sorpresas, eclecticismos y fantasías, repeticiones y experimentos, una de las voces que ha emergido con personalidad definida, no exenta de canto a la pintura intemporal, es la de Jorge Pedraza (Gijón, 1962). Es su obra, tras haber bebido en las fuentes académicas más prestigiosas, una delicada síntesis de los maestros del origen del arte moderno, especialmente Cézanne, con otros aportes del siglo XX a los que ha dado personalidad y misterio, en un género, el paisaje, escasamente cultivado por la tradición hispana, hasta el magisterio de Carlos de Haes en el siglo XIX, pero que luego ha tenido grandes nombres entre nosotros.

Es pintor sensible a las variadas manifestaciones de nuestra geografía, frente a quienes parecen constreñidos por una visión unidireccional y limitada. Ha sabido captar la riqueza caleidoscópica peninsular, acercándose a distintos rincones de España (Guipúzcoa, Huesca, Asturias, Madrid, Cuenca, Teruel) para extraer aquello que entiende peculiar, con frecuencia ya visto, pero en sus cuadros novedoso y sugerente, como han sabido ver Luis García-Ochoa, Manuel S. Méndez, Javier Rubio Nombrot, y otros. Masas y detalle son valores en difícil equilibrio, predominando uno u otro según que Pedraza acentúe fórmulas que usen de unas zonas cromáticas más amplias o más detalladas, según características e inquietudes dominantes.

Su ejecución es varia: desde las facturas rápidas, abocetadas y con recurso frecuente de la espátula, junto a los primores geométricos, de raíz cezanniana, que marcan con precisión bordes definidos, con ecos de los “macchiaioli” y de modos experimentados en la pasada centuria, cuando no haya incursiones en el desnudo de raigambre más académica, que tienen casi los perfiles definidos del vitalismo, a ratos fragmentados al difuminarse a trozos con colores superpuestos que apuntan ángulos insólitos frente a imprecisos márgenes.

En lo que respecta al uso del color, alterna la gama cromática del maestro postimpresionista de Aix-en-Provence o de su exégesis cubista de Picasso o Braque, acentuando la sutil combinación de ocre, amarillos, violetas y verdes, con incursiones delicadas en otras paletas, hasta las estridentes iluminaciones al hilo de crepúsculos que hacen de lo más cálido guía y definición de su quehacer, cuando no aprovecha el monte bajo y el roquedal para remarcar volúmenes a la luz violenta del sol, todo ello dentro de un paisaje raramente humanizado, como si fueran suficientes la flora y las construcciones, para transmitirnos estados emocionales.

Por último, si hemos de destacar dos nombres entre quienes han apostado firme por Jorge Pedraza, a fuerza de resultar injustos con algunos, estos son los de José Sánchez-Carralero, expresionista de pro y profesor suyo en la facultad madrileña e inspirador de muchas iniciativas que tienen en el paisaje referencia frecuente, pero no exclusiva, como mostró el año 2003 en los cursos complutenses de verano de El Escorial y el inefable Mario Antolín, lamentablemente ya muerto y recordado amigo, sensible donde los hubiera, respetuoso de opiniones ajenas, sin compartirlas a veces, alma orientadora de tantas propuestas, en este caso de la orientación y programación de la galería madrileña Alfama, foro frecuente y entusiasta de su obra.

Carlos Pérez Reyes
Presidente de la A.E.C.A.
Miembro de la A.I.C.A.

